AFTER THE CRACK



PARTE II

UMBRAL 5

Después De La Grieta

Hay expresiones que utilizamos con ligereza.

“Me siento renacido.”

“He vuelto a empezar.”

“Fue una nueva vida.”

Normalmente son metáforas.

Figuras retóricas.

Modos elegantes de describir un cambio.

Luego hay momentos en los que esas palabras dejan de ser simbólicas.

Y se vuelven literales.

Durante mucho tiempo había imaginado la vida como una línea continua.

Con altibajos.

Con aceleraciones y ralentizaciones.

Con éxitos y problemas.

Pero siempre la misma línea.

Siempre el mismo viaje.

Luego llegó el día en que comprendí que una vida puede interrumpirse sin que el cuerpo muera.

Puede interrumpirse una visión del mundo.

Una identidad.

Una certeza.

Un proyecto.

Una imagen de uno mismo.

Y cuando sucede, la persona que emerge del otro lado nunca es idéntica a la que había entrado.

Al principio se intenta resistir.

Se intenta salvar lo que se puede salvar.

Reparar.

Reconstruir.

Volver a la normalidad.

Es una reacción natural.

Yo también hice lo mismo.

Quería recuperar la continuidad.

Quería volver a anudar lo que se había roto.

Quería volver al antes.

Luego comprendí algo difícil de aceptar.

El antes ya no existía.

Y era inútil perseguirlo.

Esta es una de las lecciones más costosas de la vida.

Porque exige un pequeño duelo.

El duelo de lo que éramos.

Hablamos a menudo de las personas que perdemos.

Mucho menos de las identidades que perdemos.

Y sin embargo también esas merecen un funeral.

Hay un momento en que dejas de ser el hijo que eras.

El profesional que eras.

El hombre que eras.

La mujer que eras.

Hay un momento en que una versión de nosotros concluye su tarea.

Y deja paso a otra cosa.

Cuando atravesé esa temporada, no me di cuenta enseguida.

Pensaba que era una crisis.

Un paréntesis.

Un accidente.

Solo después comprendí que estaba atravesando una transformación.

La diferencia es enorme.

Una crisis es algo que deseas que termine.

Una transformación es algo que te cambia para siempre.

Recuerdo un período en el que toda certeza parecía suspendida.

Las viejas respuestas ya no funcionaban.

Las viejas herramientas parecían insuficientes.

Incluso algunos objetivos perdieron significado.

Era una sensación inquietante.

Como caminar por un paisaje familiar y descubrir que todos los caminos han cambiado de dirección.

Por un tiempo intenté orientarme utilizando mapas viejos.

No sirvió.

Porque había cambiado yo.

Los mapas no estaban equivocados.

Estaban obsoletos.

Es lo que ocurre en las grandes transiciones.

Los problemas no derivan solamente del mundo que cambia.

Derivan del hecho de que seguimos interpretándolo con ojos que pertenecen al pasado.

Luego, lentamente, algo se realinea.

No sucede en un día.

No sucede en una semana.

Sucede a través de cientos de pequeños ajustes.

A través de nuevas tomas de conciencia.

Nuevas prioridades.

Nuevas preguntas.

Una mañana te despiertas y te das cuenta de que estás observando la realidad de otra manera.

Las mismas cosas.

Con ojos diferentes.

Fue entonces cuando comencé a comprender el significado auténtico del renacimiento.

No consiste en volver a ser jóvenes.

No consiste en eliminar el dolor.

No consiste en borrar los errores.

Consiste en crear una nueva relación con todo lo que ha sucedido.

Con las heridas.

Con los miedos.

Con las pérdidas.

Con las oportunidades.

Con el tiempo mismo.

La segunda vida no nace de la negación de la primera.

Nace de su integración.

Todo lo que eras sigue existiendo.

Pero ya no gobierna el presente.

Se vuelve experiencia.

Se vuelve memoria.

Se vuelve material de construcción.

Muchas personas imaginan el renacimiento como un evento espectacular.

Yo lo he vivido de otra manera.

Como una lenta reconstrucción.

Ladrillo a ladrillo.

Pensamiento a pensamiento.

Decisión a decisión.

A menudo en silencio.

A menudo sin público.

A menudo sin que nadie se diera cuenta de lo que estaba sucediendo.

Y sin embargo sucedía.

En la profundidad de las cosas.

Con el paso del tiempo comencé a mirar a los demás de manera diferente.

Comprendí que casi todos están viviendo más de una vida.

No necesariamente más existencias biológicas.

Más capítulos interiores.

Más identidades.

Más transformaciones.

Miramos un rostro e imaginamos continuidad.

Pero detrás de ese rostro podrían existir cinco, diez, veinte versiones diferentes de la misma persona.

Todas reales.

Todas sobrevivientes.

Todas necesarias.

Quizás por eso la compasión se vuelve más importante con la edad.

Porque aprendemos a respetar las batallas invisibles de los demás.

Comprendemos que nadie es solamente lo que aparenta.

Cada uno lleva dentro de sí una historia de derrumbes y reconstrucciones.

De pérdidas y renacimientos.

De muertes simbólicas y nuevas partidas.

Mirando hacia atrás, no idealizo ese período.

No deseo revivirlo.

Fue duro.

Confuso.

A veces doloroso.

Pero reconozco su valor.

Porque de esa transformación nació alguien que antes no existía.

Alguien más consciente.

Más atento.

Más humano.

Quizás menos seguro.

Pero mucho más auténtico.

Y esta es la parte que cuenta.

Al final del camino, cuando observo el trayecto recorrido, no veo una sola vida.

Veo al menos dos.

La primera construida sobre las expectativas.

La segunda construida sobre la comprensión.

La primera centrada en el hacer.

La segunda más atenta al ser.

La primera convencida de saber.

La segunda dispuesta a escuchar.

Por eso hablar de una segunda vida no es ninguna exageración.

No es una frase poética.

No es una metáfora.

Es la constatación de un hecho.

Porque existen momentos en los que no cambiamos simplemente de dirección.

Cambiamos de existencia.

Y cuando sucede de verdad, una segunda vida no es una metáfora.

Es lo que queda después de que la primera haya enseñado todo lo que podía enseñar.